

www.elboomeran.com

Maylis de Kerangal

Nacimiento
de un puente

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Naissance d'un pont
© Éditions Gallimard
Paris, 2010

*Para la realización de este libro, la autora ha contado con la ayuda
de una Misión Stendhal, del Ministerio de Relaciones Exteriores
francés/Culturesfrance*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Jean Gaumy / Magnum Photos / Contacto

Primera edición: junio 2013

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2013
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7868-4
Depósito Legal: B. 10870-2013

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

Pero como los mares urden oscuros canjes
y el planeta es poroso, también es verdadero
afirmar que todo hombre se ha bañado en el Ganges.

JORGE LUIS BORGES,
«Poema del cuarto elemento»,
en *El otro, el mismo*

Al principio conoció el norte de Yakutia y Mirny, donde trabajó tres años. Mirny, una mina de diamantes que había que abrir bajo la corteza de hielo, gris, sucia, tundra desesperante salpicada de viejo carbón enfermo y de campos de deportados, tierra desierta bañada de sabañones por la noche, cizallada once meses al año por una ventisca que te raja el cráneo, bajo la cual dormitaban aún miembros desperdigados y cuernos gigantes bellamente curvados, rinocerontes con pieles, belugas lanosas y caribús congelados; esto se imaginaba él por la tarde en el bar del hotel, ante un alcohol fuerte y translúcido, con la misma puta subrepticia que le prodigaba mil caricias mientras le insinuaba un matrimonio en Europa a cambio de leales servicios, pero nunca la tocó, no podía, mejor nada que follarse a aquella mujer que no le deseaba, se atuvo a esta norma. Así que había que excavar para encontrar los diamantes de Mirny, romper el permafrost a base de explosiones de dinamita, perforar una cavidad dantesca, ancha como la ciudad misma —allí habrían hundido cabeza abajo las torres habitables de cincuenta pisos que muy pronto surgieron alrededor—, y, portando una

linterna frontal, descender al fondo del agujero, golpear las paredes con un pico, excavar la tierra, ramificar las galerías en una arborescencia subterránea lateralizada que llegase lo más lejos posible, hasta lo más duro y oscuro, apuntalar los corredores e instalar raíles en ellos, electrificar el barro, y entonces perforar la gleba, rascar el pedregal y tamizar las angosturas, acechar el resplandor espléndido. Tres años.

Expirado su contrato, regresó a Francia a bordo de un Tupolev poco democrático –su asiento en clase económica está completamente hundido, un ovillo de hilos metálicos se pasea bajo la tela del respaldo, la traspasa aquí y allá hasta sacar una varilla que le atormenta los riñones–, siguen otros contratos y le vemos convertido en jefe de obra en Dubái, un palacio que brota de la arena, vertical como un obelisco pero laico como un cocotero, y de cristal esta vez, cristal y acero, ascensores como burbujas que se deslizan a lo largo de tubulares dorados, mármol de Carrara para el vestíbulo circular cuya fuente gorgoteaba un lujo de petrodólar, y todo amenizado por plantas verdes enceradas, sofás de ante y aire acondicionado. A continuación estuvo en todas las apuestas, dio la medida de su valor. Estadio de fútbol en Chengdu, anexo de puerto de gas en Cumaná, mezquita en Casablanca, gasoducto en Bakú –los hombres caminan deprisa en la ciudad, vestidos con gabardinas oscuras que les estrechan las caderas, y el nudo de la corbata forma como un puñito cerrado sobre el cuello duro, el sombrero negro de tres jorobas, miradas tristes y bigotes finos, todos se parecen a Charles Aznavour, telefona a su madre para decírselo–, planta depuradora móvil en el norte de Saigón, complejo hotelero para asalariados blancos en Djerba, estudios de cine en Bombay, centro espacial en Baikonur, túnel bajo la Man-

cha, presa en Lagos, galería comercial en Beirut, aeropuerto en Reikiavik, ciudad lacustre en el corazón de la selva.

Teletransportado de este modo de un biótopo a otro, a bordo de vuelos correo de larga distancia que muy a menudo acaban en trastos de dos turbinas, se queda apenas dieciocho meses en un emplazamiento y no viaja nunca, asqueado de exotismo, de su trivialidad —plenos poderes del blanco contra la colonización vengativa de las amebas, drogas y mujeres dóciles a cambio de divisas occidentales—, y vive con poco, casi siempre en un alojamiento situado en las inmediaciones de la obra y alquilado por la empresa —un lugar radical hasta ese punto es una broma: ninguna de esas fruslerías que uno acarrea consigo, ninguna foto clavada con chinchetas en una puerta, tan sólo algunos libros, discos, un televisor gigante de imágenes con colores Buitoni y una bici, un artilugio magnífico de fibra de carbono cuyo oneroso envío al puesto termina siendo objeto de una cláusula contractual única en los anales—, lo compra todo in situ —cuchilla de afeitar, champú, jabón—, toma sus comidas en figones aceitosos y llenos de humo, dos veces por semana engulle, si lo hay, un filete internacional en el restaurante de un hotel, se levanta temprano, trabaja a horas fijas, echa todos los días una corta siesta después del almuerzo y, los días de meteorología indulgente, recorre en bicicleta un mínimo de cincuenta kilómetros con el viento de frente, el torso inclinado sobre el manillar, pedalea a toda velocidad; por la noche sale a la calle, camina o se desliza, con las sienes refrescadas y el cerebro despejado, aprende los idiomas locales en los antros nocturnos, en los burdeles, en los garitos —el lenguaje de los naipes es una especie de inglés rudimentario—, en los bares. Porque

todo el mundo sabe que es un dipsómano, y desde hace mucho.

Veinte años de este régimen habrían acabado con cualquier cuerpo, cada nueva obra le exigía adaptarse —conversiones de verdad, climáticas, dermatológicas, dietéticas, fonológicas, por no hablar de las nuevas costumbres de la vida cotidiana que entrañan realizar actos desconocidos—, pero el suyo se innovaba, adquiría fuerza, se volvía expansionista, y algunas noches en que volvía solo al campamento de barracones después de que se hubiesen marchado los últimos equipos, a veces se plantaba delante del planisferio colgado con alfileres de la pared del cuartito de su despacho, con los brazos separados, la piel y las pupilas dilatadas por igual y, con un hermoso movimiento lateral que empezaba en la Isla de Pascua y terminaba en Japón, sus ojos enumeraban lentamente los puntos de la superficie del planeta en que había intervenido. Cada obra futura actuaba, pues, contra las anteriores, del mismo modo que se mueven las caderas bailando una salsa rápida, y se mezclaba con ellas, activando así la experiencia contenida en toda su persona y a la que tanta atención prestaban en el mundo entero. Ahora bien, aunque su cuerpo continuamente desplazado no se consumiera más deprisa que el de un sedentario sujeto a migraciones pendulares, su boca, por el contrario, sufría curiosos trastornos: toda lengua hablada en la obra y fácilmente aprendida modifica íntimamente su francés —un francés ya muy perturbado— hasta tal punto que a veces se le embarullaban las frases en las breves cartas que escribía a su madre. Así que veinte años de este régimen no eran nada para él, no contaban.

Quisieron saber de qué madera estaba hecho, dieron vueltas alrededor de él. Le describieron sucesivamente

como ingeniero apátrida, mercenario del hormigón y desbrozador paciente de selvas tropicales, yonqui reincidente sometido a una desintoxicación, hombre de negocios suicida que por las noches fumaba opiáceos debajo de los amancayos o con una botella helada sostenida entre los muslos y la mirada perdida en la estepa mongola; le retrataron como un vaquero lacónico, salido de ninguna parte, tenso por su misión sin un solo gesto inútil y dispuesto a todo para ganarse la prima —aquí sí se percibía algo, un fragmento al menos, un vago matiz, y se reían de ello—, y sin duda era todos estos hombres simultánea, sucesivamente, sin duda era plural, desplegaba una gama de disposiciones variables para atravesar la vida hincándole el diente por todas partes. Les habría gustado que estuviera buscándose a sí mismo, misterioso, enloquecido, le atribuyeron un resquicio secreto devorador de millas, le supusieron un remordimiento, una deserción, una traición o, mejor aún, un fantasma de mujer que se había quedado en la metrópoli, sin duda con algún otro, y de la que debía huir: esta mujer existe y no tiene nada de fantasmal, respira perfectamente y convive con otro, la ve algunas veces cuando pasa por Francia, encuentro en París, ella llega puntual, el pelo en la cara los ojos brillantes los bolsillos llenos, y han envejecido, seguramente, y recorren la ciudad, los cuerpos muy desunidos pero los corazones sintonizados, hablan toda la noche en un bar cualquiera, un montón de cervezas les emborracha despacio y se besan a la hora en que despunta el alba y entonces se encuentran en estado de amor, se acarician el cuerpo, levantados, y después se separan, tranquilos, rey y reina, el tiempo no existe, es una pura invención, y se dan la espalda con tal confianza que el mundo les murmura gracias. Decían que una soledad tan grande no debía asumirse, que era un desastre, algo

malsano a la larga, un hombre semejante, una fuerza de la naturaleza, le buscaron mujeres en el fondo de los consulados, mujeres bellas, blancas, entregadas, le buscaron jóvenes, le buscaron las cosquillas, una falta original, al menos un origen, una falla íntima trazada en su infancia, le susurraron roto, en el fondo —aunque nadie sabía en el fondo de qué—. Por eso volvía poco a Francia —¿y su madre? Está claro que tiene una madre puesto que le escribe, ¿no piensa en ella, entonces?—, sobrevolaba el Hexágono con un silencio poco agradable, apenas conservaba algo más que la nacionalidad inscrita en su pasaporte, una cuenta bancaria juiciosamente abultada, el gusto por la conversación y por cierto confort, y nunca dejó de ver el París-Niza. Les habría gustado pillarle en una experiencia interior, enclaustrado, no tan fuerte, habría sido muchísimo más simple, muchísimo más fácil de pensar: un hombre tan lleno y que además aprecia el alcohol brutal forzosamente oculta algo; les habría gustado que no supiera amar, que fuese incapaz de hacerlo, que se deslomara en el trabajo para no pensar en ello. Les habría gustado que fuera melancólico.

Pero los que le habían tratado en las obras se atragantaban al oír estas fruslerías; fantasmas de mujeres, poemas rompepelotas, tópicos azucarados. Machacaban aquella estatua de cartón piedra a base de encogimientos de hombros y miradas socarronas, porque ellos le habían visto en acción, habían tenido constancia del buen hombre. Decían: vale, es verdad, el tiempo no le hace nada, el que pasa, el que huye, todo eso no le hace nada, todo eso no transcurre ni crea adherencias o brumas salobres —¿es precisamente porque está solo en el tiempo, solo y perdedor en cada empeño, con la nariz pegada a las pérdidas, a los líquidos bacilares removidos en el fondo de los cubos, a

los jirones de tristeza cosidos a la yema de los dedos como esparadrapos viejos, y que tendríamos que terminar de arrancar a mordiscos?—, no es algo estanco, de acuerdo, pero él no piensa en eso, no le interesa, apenas dispone de ocio para hacerlo, le importa un bledo el origen y un bledo la historia, ha mezclado su sangre, piensa todos los días en la muerte, como todo el mundo, y basta. Decían: su tiempo se cuenta chasqueando los dedos *one! two! three! four! let's go!*, y aquí unían el gesto a la palabra, representando mediante gestos un «¡ya!» al instante tendido hacia su fin, hacia su objeto, la entrega de un texto cuyo *deadline* trazado en la parte inferior del pedido con tinta escarlata anticipaba los días según un plan de trabajo, según las fases debidamente cuantificadas, según contratos y estaciones del año, en especial la de lluvias y la de nidificaciones que nunca le convienen, ya se verá por qué. Decían: su tiempo es el presente, es el instante o nunca, actuar correctamente, tratar la situación, es su única moral y el trabajo de toda una vida, así de sencillo. Y aún más: es un hombre del terreno, el raso de las margaritas, ahí está su elemento —él mismo hablaría así, con el ojo entornado, el cigarrillo entre los labios, burlón, añadiría sin pestañear que ahí está la aventura, ahí están los riesgos, ahí vive mi cuerpo, y al decir esto se golpearía el tórax con los puños cerrados como hacen los grandes gorilas de las selvas tropicales—, pero a veces, sin reírse ya, levantaría la cabeza para declarar, receloso, lo que yo aborrezco es la utopía, el buen pequeño sistema, la joya quimérica en la ingravidez del mundo, blablablá, asunto zanjado, siempre demasiado miniatura y tan bien engrasado, es droga de pacotilla, ahí queda dicho, ahí no hay nada para mí, nada que me interese, nada que me empalme; me llamo Georges Diderot y lo que a mí me va es trabajar la realidad, activar los pará-

metros, situarme a ras de suelo, en la culera de las cosas, ahí me despliego.

Se arroga zonas, hurga en los campos, ocupa suelos, levanta edificios, se avitualla de lo múltiple, lo locuaz, lo sonoro, de todas las mescolanzas y los olores de las pieles, de la multitud de las megalópolis, la agitación revolucionaria, las ovaciones en los estadios, el alborozo de los carnavales, el de las procesiones, la dulzura de las fieras observando las obras a través de los bambúes, del cine al aire libre en las lindes de los pueblos –la pantalla desplegada en el cielo nocturno, cuando los espacios se encastran y los tiempos actúan–, de los ladridos de los perros en la oquedad de las curvas. Siempre fuera, concentrado, empírico, descreído: la experiencia interior nunca está dentro, masculla riéndose, cuando aquellos a los que su trivialidad defrauda le hostigan para que tenga más interioridad y más profundidad, no es un repliegue, es una desgarradura, y me gusta que desgarre.

Caminar en la noche violeta

El 15 de agosto de 2007, el *New York Times* anunció en sus páginas de «Business» la construcción de un puente en tres líneas breves en caja baja y letras de cuerpo 12 que en otros tan sólo suscitó cejas arqueadas; pensaron: vaya, hay gente que va tener trabajo; o bien, ya está, se relanzan mediante una política de grandes obras públicas, eso es todo. Pero las empresas de ingeniería hundidas en el fango de la crisis económica se pusieron en marcha mucho más rápido: sus equipos se apresuraron a buscar informaciones, a establecer contactos dentro de las empresas que habían suscrito los contratos, a infiltrar topos en ellas, todo con objeto de ocupar un buen puesto en la lista de candidatos y proveerlas de personal, de máquinas, de materias primas y servicios de todo tipo. Pero era demasiado tarde, la partida ya estaba jugada, los acuerdos firmados. Eran fruto de un proceso de selección lento y delicado que, aunque acelerado como si hubiese sido objeto de un procedimiento especial, tardó dos años en plasmarse en párrafos oficiales al pie de contratos de como mínimo ciento cincuenta páginas. Un calendario que parecía una carrera de vallas: septiembre de 2005, el municipio de Coca convoca una

licitación abierta a participantes internacionales; febrero de 2006, se preseleccionan cinco empresas y, por añadidura, definen la licitación; 20 de diciembre de 2006, entrega de expedientes; 15 de abril de 2007, se designa a las dos empresas finalistas para la última etapa de selección; 1 de junio de 2007, el presidente de la CPNC (Comisión para el Puente Nuevo de Coca) proclama el nombre del vencedor: Pontoverde –agrupación de sociedades francesa (Héraclès Group), americana (Blackoak, Inc.) e india (Green Shiva Entr.)– se lleva el pastel.

El concurso había impuesto un calendario infernal y sometido a presión a centenares de personas en todo el mundo. Hubo excitación y hubo gresca. Los ingenieros trabajaban duro quince horas al día y el resto del tiempo vivían con la BlackBerry o el iPhone pegado a la oreja, metido por la noche debajo de la almohada, y subían el volumen cuando entraban en la ducha o se machacaban en el squash o el tenis, ponían el vibrador a tope cuando iban al cine, e iban muy poco porque sólo pensaban en eso, en ese puto puente, esa puta licitación que les obsesionaba, les excluía de la vida. Pasaban las semanas, los niños se alejaban, las casas se ensuciaban y pronto no tocarían más cuerpos que el suyo. Hubo agotamientos nerviosos, depresiones, abortos espontáneos y divorcios, escarceos sexuales en los *open spaces*, pero no eran divertidos, no eran lúdicos, una simple ocasión al vuelo, y la incapacidad de resistirse a una promesa de placer cuando la nuca cruje y te has quemado las pestañas durante doce horas con los gráficos de Excel, accesos de fiebre convertidos en coitos rápidos, cualquier cosa, y finalmente, aunque atrocemente frustrados al anunciarse el ganador, a los rechazados les alivió no seguir adelante: habían envejecido, estaban agotados, muertos, sin más jugo que el de las lágrimas de cansancio vertidas en cuanto

estaban solos en el coche al volver del trabajo, cuando la radio emitía una melodía de rock, un fragmento pletórico de juventud y de ganas de juerga, *Go Your Own Way* de Fleetwood Mac o cualquier cosa de los Beach Boys, y cuando anocheía y aparcaban en el garaje no se apeaban inmediatamente, sino que se quedaban en la oscuridad, con los faros apagados y las manos sobre el volante, y de pronto proyectaban abandonarlo todo, vender el piso, pagar los créditos y en marcha, todo el mundo descalzo dentro del coche hacia California.

Los demás, los que trabajaban para Pontoverde, volvieron a sus casas victoriosos la noche de la proclamación, qué chollo, tenían que construir un puente, sus cuerpos saludables encarnaban el progreso, sus manos comprometidas aportaban una piedra al edificio, saboreaban su lugar en forma de destino, seguros ahora de ser los actores del mundo. Ellos también se eternizaron en su vehículo con el motor apagado, los ojos clavados en una hoja de laurel seca contra el parabrisas y los brazos cruzados sobre el vientre, la espalda contra el respaldo, y ellos también guardaron silencio pensando en su futura expatriación, en cuantificar su carrera, que de repente se aceleraba porque sabían aprovechar la oportunidad, valorar los puntos que acumularían de este modo antes de regresar a la Sede para ejercer en ella funciones superiores, en prever la remodelación del servicio que asumirían, e incluso reflexionando sobre el traslado de la familia o imaginándose solteros desubicados que van y vienen para las vacaciones escolares, ellos también de pronto a punto de partir, pero no era desconectarse de todo, una escapada, no eran realmente vacaciones, ahora tendrían que coger impulso e ir a hablar con su mujer, anunciar la noticia, y algunas inflarían el pecho de orgullo y

alegría, eran buenas compañeras, su marido triunfaba, tenía envergadura, y, soñadoras, se imaginaban que pronto les mimaría la Empresa, les atenderían criadas locales, un chalé con piscina, sí, eso como mínimo, dos coches, un jardinero, una niñera a tiempo completo y hasta una cocinera industriosa, la gran vida, ya se reían e iban a despertar a los niños, preparadas para el bonito salto en la escala social; otras, pasmadas, recogerían nerviosas la cocina en silencio y acabarían levantando hacia el marido una cara angustiada porque, querido, cómo se arreglarían con los estudios de los mayores, con los padres enfermos, con el logopeda del pequeño, y pedirían que las tranquilizasen, habría que enfriar el asunto, prometerles que tendrían voz y voto en todo aquello y comunicarles que contaban con ellas; y, por último, otro puñado de esposas, de lejos las más tenaces, encenderían un pitillo después de poner en marcha la lavadora y luego, pam, se darían la vuelta, adoptando una postura frontal, con las nalgas apoyadas en el fregadero y la cara curiosamente iluminada por el plafón de la cocina, irreales y sin embargo marmóreas, al estilo de Marlene Dietrich, un modelo ambiguo que las tornaría enigmáticas, abominablemente lejanas, y sonreirían, sentenciando con una voz divertida me alegro por ti, pero ¿yo qué pinto en todo esto? Estas mujeres se aferrarían a su trabajo, habría que convencerlas, trabajarles el cuerpo hasta que una noche el pie accediese de nuevo a reptar bajo las sábanas para acariciar el del hombre acostado a su lado, habría que actuar con astucia hasta que ejecutasen ese pequeño gesto, ese roce de piel, un signo sutil de aquiescencia que les otorgaría el mundo y entonces ellos triunfarían en silencio, completamente inmóviles, tumados de espaldas. A continuación, después de precisada la partida de la familia, un ambiente febril invadiría el hogar.